



HÖLDERLIN, Friedrich: *Poesía última*. Buenos Aires: El hilo de Ariadna, 2016. 208pp

En un ensayo titulado “El primer Wells”, Borges señala: “La obra que perdura es siempre capaz de una infinita y plástica ambigüedad; es todo para todos, como el Apóstol; es un espejo que declara los rasgos del lector y es también un mapa del mundo” (113) Este fenómeno puede observarse claramente en un autor como Friedrich Hölderlin, quien ha motivado no solo una lectura que se realiza con previo fervor y misteriosa lealtad, sino también infinitas traducciones. En este caso nos encontramos con *Poesía última*, un volumen que presenta por primera vez, en una edición crítica y bilingüe, la producción lírica del autor posterior a 1806. Los traductores, Marcelo G. Burello y Léonce W. Lupette, han realizado un cuidadoso trabajo capaz de dar cuenta de las dificultades del proceso de traducción, y ofrecer al lector tanto las versiones literales, que hicieran comprensible la palabra, como versiones poéticas que volvieran disfrutable el espíritu de la poesía de Hölderlin. Si bien toda traducción es siempre una empresa dificultosa, los traductores, que además de especialistas en literatura alemana también se desarrollan como poetas, han podido lograr una edición rigurosa sin dejar de lado el deber de otorgar a los lectores la posibilidad de encontrarse con un acercamiento más sensible que evoque la frescura de los poemas originales.

La presente edición se encarga de presentar, en su introducción, no solo la inagotable actualidad de Hölderlin en los debates críticos, sino también la necesidad de poner en discusión el valor de la obra poética tardía que comprende los años desde el ingreso a la casa de Zimmer en 1807 hasta su muerte en 1843. La producción poética de este período, que ocupa gran parte de la vida del autor, ha sido marginada por gran parte de la crítica especializada. Nos encontramos entonces, nuevamente, con el problema de la locura y la ausencia de obra que ya había sido tratada por Michel Foucault en el apéndice agregado en 1972 a una nueva re-edición de *Historia de la locura*. Como señala esta edición, podría decirse que, si el Romanticismo vio en el loco a un visionario, y el Realismo y el Naturalismo a un enfermo, es la Modernidad quien comenzó a ver en él a un transgresor. Es necesario, entonces, tomar esta obra como un testimonio. ¿Qué pueden decirnos los Poemas de la Torre hoy en día? ¿Es una obra pasible de ser divorciada de la producción previa a su encierro? ¿o hay una continuidad e incluso una intensificación de su producción?

En estos cincuenta y dos poemas escritos a lo largo de casi cuarenta años de encierro es posible encontrarse con el testimonio de una experiencia divina del mundo. Como señalan los editores y traductores: “El *Leitmotiv* parece ser ahora más bien el del mundo fenoménico, reducido a una elementalidad que aparentemente querría decir algo más que tanta simpleza” (39). Los poemas alternan entre un tono infantil con una sonoridad alegre y cantante que al mismo tiempo parecen teorizar sobre la relación del hombre con lo divino, y una sumisión total a la contemplación

beatífica del mundo, como puede observarse los poemas dedicados a las estaciones (veintidós en total). En ellos es posible asimilar los procesos cíclicos de la naturaleza y los efectos que tiene la cercanía al sol en la naturaleza (la actividad crece, los pájaros cantan, una sinfonía de sonidos se despliega desde los colores de la vegetación y la luz) y la cercanía de Dios al alcanzar la gracia. Mientras primavera y verano parecen dar lugar a una renovación de las fuerzas telúricas en las que se impregna el mismo Dios, *primum movens*, otoño e invierno reducen la vida a su mínima expresión, como si, lejos de la fuente de vida, todo empequeñeciera. Estos poemas, entre el cristianismo y una religión de la naturaleza, se encuentran problematizando, nuevamente, el antiguo debate entre la inminencia y trascendencia. ¿Es que, acaso, el poeta loco, como Adán, ha desarrollado una visión microscópica y macroscópica de la naturaleza? Hölderlin, desde su encierro, parece querer traernos el mismo mensaje que tiempo después gritaría Zaratustra: “¡Yo os conjuro, hermanos míos, permaneced fieles a la tierra [...]!”. A lo que agregaría: “Porque Dios se expresa en ella”.

Alan E. Ojeda Serrago
Universidad de Buenos Aires